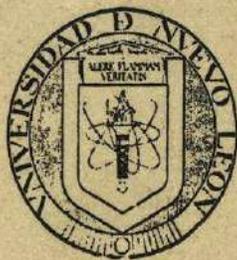


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Año I

Nº 1

1960

los que dan sentido a la estructura y a la función estimativa que mi vida es. Y mi vida es enlace y fusión íntima de realidad y valor a la vez: reino de funciones con sentido. Mi vida es tarea, quehacer, urgencia de vivir entre las cosas y con ellas, y a la vez de ir determinándose a sí misma en una sucesión de estimaciones. Mi vida es, pues, la articulación de realidad y valor; y es, al propio tiempo, la realidad profunda y radical en la que se dan todos los demás seres (los reales como los ideales) pues a todos los encuentro formando parte de mi vida y como ingredientes de ella.

El fundamento de los valores es objetivo. Esto quiere decir que su sentido es objetivo, pero es objetivo para el hombre que siente la necesidad de valorar en cada situación de su vida; por lo tanto, ese su sentido objetivo está conectado en alguna medida con la realidad en la cual se produce la valorización, con la realidad humana en la cual se suscita la valorización según certeramente señala Frondizi. Al fin y al cabo, también Max Scheler intuyó esto certeramente, cuando dijo que en la misma materia o contenido de los valores hay como una flecha de dirección hacia el hombre, la cual parece decir a éste "yo (valor) soy para ti"; así como, a la inversa, en la persona humana hay, a modo de necesidad, una aspiración hacia los valores, en cada persona una especie de constelación fáctica que clama por una correspondencia en el mundo de los valores.

Así pues, la vía correcta sería la de señalar que los valores tienen una *objetividad relacional* en el contexto de la vida humana, de la vida humana en general, y, además, en el contexto particular de cada una de sus situaciones concretas. Por lo tanto, se trata de una *objetividad pluri-relacional*.

Y si queremos dar un fundamento teológico a los valores —lo cual probablemente sea indispensable para una Axiología completa— entonces habríamos de decir que Dios reconoce los valores como válidos para la vida del hombre, y en conexión con cada una de las situaciones concretas de ésta, por lo tanto los reconoce como válidos en su pluri-relacionalidad dentro de la humana existencia.

LA FILOSOFÍA DE LOS VALORES EN LA HISTORIA Y EN LA FILOSOFÍA ALEMANA ACTUAL

Dr. FRITZ JOACHIM VON RINTELEN
Universidad de Maguncia

SÓLO DESDE HACE CINCUENTA AÑOS se puede hablar propiamente de una filosofía de los valores. Se ocupa, sin embargo, de cuestiones que surgieron ya en el comienzo de todo filosofar. Fundamentalmente investiga el sentido de la existencia humana o, en general, del ser del mundo, pero con la variante particular de remitirnos a un sentido valioso cuya realización se autojustifique y pueda por tanto constituirse en meta de un esfuerzo inconsciente. Se trata, pues, no de un mero dato lleno de sentido, demostrable y libre de contradicción lógica, sino de la plenificación de una significación valiosa variable según los casos y a la que se opone lo antivalioso (*Wertwidrige*). Indudablemente se contraponen muchas teorías axiológicas y de ahí que se justifique el empeño hodierno para procurar una visión unitaria mediante el repliegue al fenómeno valioso inmediatamente dado. Así vemos cómo, en las consideraciones histórico-culturales, las "tomas de posición" (*Stellungnahme*) axiológicas constituyen el gozne de las distintas imágenes del mundo (*Weltbilder*). "El mundo se vuelve siempre hacia los inventores de valores nuevos", dijo Nietzsche. Queda sin embargo por decidir la cuestión fundamental: si los valores de la existencia (*Daseins*) son invenciones o meros descubrimientos o redescubrimientos de referencias fundamentales supratemporales que se anuncian siempre con ropaje distinto.

Ya en la antigüedad podemos considerar la problemática axiológica, en cuanto que Platón no limita la idea del bien (*ἀγαθόν*) al aspecto ético, sino que lo estima *μέγιστον μάθημα*, el supremo objeto de conocimiento. Determina todo ente ordenándolo y configurándolo, perteneciendo, en cuanto idea, a la esfera del valor superior del ser propiamente tal (*ὄντως ὄν*). Si en un principio Platón acentuó lo útil y lo agradable más que lo bueno, más tarde pasó al reconocimiento del bien por sí mismo (Gorgias, 500 a). Su consideración del mundo está traspasada por un dualismo axiológico claro por cuanto el mundo superior e invariable del ser propiamente tal, de las ideas, se enfrenta como modelo inferior y fugaz en el que sólo es posible hablar de débiles imitaciones y participaciones. La valiosidad más elevada hay que buscarla, en lo divino (*θεῖον*) que, en el auténtico sentir griego, es la medida de todo (*μέτρον*). En Aristóteles, de acuerdo con su sistemática más racional, el bien se halla estrechamente vinculado con la finalidad y se constituye en meta de todo devenir y aspiración. Su relación trae consigo una eudaimonía, la felicidad del obrar moral. Se persigue el fin porque su cumplimiento incluye, tanto un bien en sí, cuanto un "bien para algo". El tránsito de lo posible a lo actual, característico de su ontología, representa un movimiento hacia grados de perfección axiológica. Todo ente puede entenderse, de acuerdo con su forma esencial, como un grado de perfección siempre distinto, ya se trate de esencias concretas o de zonas ontológicas (inorgánica, orgánica, psíquica, ético-espiritual) coordinadas en la relación a una jerarquía ascendente. En Dios se da la suma plenitud de toda posibilidad, siendo a la vez, en cuanto fin supremo, esencialmente perfecto. Es por ello pura entelequia, esto es: absoluta esencialidad y actualidad a un tiempo. Así, la antigüedad conoce ya las diferencias de valor y jerarquía de las zonas ontológicas. La suprema perfectibilidad de nuestra existencia se halla en el dominio ético-espiritual. Tal consideración es dualística por cuanto la esfera espiritual e imperecedera se des-

taca claramente de la sensibilidad inferior y muy variable. Lo que acontece de una manera más acentuada en Platón con su teoría de los dos mundos, en Aristóteles, por el contrario, con su vinculación concreta del principio espiritual de ordenación de la esencialidad eterna con la sensibilidad accidental y fortuita.

Las líneas de evolución del *Medievo*, platónico-agustiniana primero y aristotélica después, empalman con estas ideas. Pero mientras en la antigüedad ser y valor no se hallan todavía separados, el aspecto axiológico va a tener ahora su propia significación e importancia. En Agustín encontramos una versión de la existencia que la interpreta como un *ordo bonorum*, bajo cuyo aspecto puede concebirse la totalidad de los entes. La metafísica ontológica se convierte en metafísica axiológica. Todo lo que posee un elemento entitativo es, en cuanto creado por Dios, bueno. *Quidquid est bonum est* (de vera relig. XI, n. 21). La divinidad misma representa el valor de todos los valores, el *bonum omnis boni* (de trin. VIII, c. 3, n. 4). Frente a ella los distintos grados de perfección (gradibus ordinata universitas) significan como un volverse ascendente hacia Dios al que corresponde una jerarquía de lo amable. Las mismas ideas se encuentran, en forma parecida, en Tomás de Aquino con una inclinación más fuerte a Aristóteles. Bueno es lo que todos apetecen (*bonum, quod omnia appetunt*), de modo que logren su íntima finalidad. Todo este diseño es entendido como una *imitatio Dei deficiens*. Así ser y valor se comprenden en el sentido de la clásica doctrina de los trascendentales. *Omne ens, in quantum est ens, est bonum* (S. th. I, 5 a. 1 y 3).

En la *Edad Moderna* se produce una fuerte variación. La nueva física intenta determinar la realidad según puntos de vista cuantitativos y libres de toda valorización, excluyendo toda consideración finalista. La cuestión axiológica se separa por completo de toda referencia al ser y se convierte en una relación al sujeto procuradora de la felicidad humana. Es lo que vale para el empirismo inglés que, en definitiva, conduce al eudaimonismo social de un Bentham (m. 1832). Bentham considera el placer (pleasure) como bueno y "la mayor felicidad del mayor núme-

ro" constituye el principio directivo de su ética y de su filosofía social. El utilitarismo de los racionalistas se destaca como aspecto axiológico de modo particular en *Spinoza: bonum nobis esse utile* (Eth. III). El bien se logra en la inclinación (*cupiditas*) del sujeto anímico, dirigido por la razón y en la utilidad. *Leibniz*, en cambio, considera el valor como un grado de perfección en el desarrollo siempre individual e íntimo de las mónadas.

La palabra "valor" se emplea por vez primera en sentido filosófico unívoco en *Kant*. Con Kant nos hallamos transportados al plano del ser inteligible, del puro espíritu. Existe una profundización e interiorización de lo valioso que escapa por completo a la utilidad y a los bienes felicitarios externos que sólo pueden ser bienes relativos. Sólo la persona posee en su dignidad un valor incondicionado. La prosecución del imperativo categórico formal es algo bueno en sí. "Nada hay en el mundo... que pueda ser tenido por bueno sin restricción salvo la buena voluntad" (Gdl. zur Met. der Sitten I). Y en definitiva podríamos hablar también del ideal de un bien originariamente supremo tal como se nos ofrece en la idea de Dios (Reine Vernunft, 62, 842).

Las modernas teorías axiológicas

El fundador propiamente tal de la moderna filosofía de los valores es *Hermann Lotze* (1817-1881). Empalmando con la teoría kantiana de las ideas cree poder mostrar los valores en un valer (Gelten) llevando a cabo una separación estricta del mundo del ser concreto frente al de nuestros valores en cuanto mundo del deber ser, de la visión nocturnal frente a la visión diurna. Los valores se convierten en una objetividad espiritual, de modo supraindividual, con validez pero que sólo se aguanta merced a su referencia a un ser espiritual. Es singular cómo su concepción axiológica, no muy unitaria, comprende cuatro momentos que posteriormente han ido configurándose de modo especial en las principales corrientes axiológicas del pasado más inmediato y de la actualidad: 1) Los valores están siempre vinculados con el placer (cf. más aba-

jo la derivación psicológica); 2) se apoyan empero en valideces ideales (Geltungen cf. neokantismo); 3) tienen su dominio objetivo y un contenido propios (cf. la fenomenología axiológica); 4) procuran una elevación de la personalidad con impronta individual (parentesco con un realismo axiológico). Es preciso esbozar estas cuatro direcciones fundamentales. Tras ellas se alzan siempre las tres cuestiones siguientes: ¿puede derivarse lo valioso exclusivamente de la relación subjetiva, a la vivencia psicológica?, ¿o, por el contrario, debemos atribuir a lo valioso un dominio propio general y objetivo ya sea formal o con contenido?, ¿o, sólo puede concebirse vinculándole a una realidad individualmente configurada?

1. El *esclarecimiento psicológico* del valor, tal como se ensayó al comienzo del siglo XX, iguala los valores con el valorar. La apetencia (Lust) de los valores es ya el valor. No se codicia algo porque tenga un valor independiente del apetito. Es más bien éste el que determina que algo sea codiciado como valioso. Hay que derivar lo bueno de la afectividad reflexiva. Se puede interrogar, sin embargo, si, con ello, no se hace depender el carácter valioso, por completo, de la concepción y estructura psico-subjetiva del individuo o de una época. De hecho esta posición fundamental ha conducido, así en el historicismo filosófico, a la relativización de los juicios de valor. La apetibilidad de una cosa, su satisfacción de la necesidad es para *Ehrenfels* el valor (System der Werth. I, 10, 53, 116. 18-97). Esta apetencia es "la representación fundante de una relativa procuración de felicidad". En cuanto se extiende a los valores, debo decir: "El valor es una relación entre sujeto y objeto que expresa la apetencia efectiva del objeto por parte del sujeto" (165). Para Meinong existe ya una fuerte tendencia en el objeto mismo, en cuanto el valor significa la apropiación de un objeto, a polarizar hacia sí mi sentimiento axiológico (Werth. 257. 1932). En el valorar, por vez primera y sobre la base de su fuerza motivadora, se constituye algo en valor. En esta posición resulta difícil distinguir la "Psico-

logía del valorar” de una “axiología filosófica”. El acto mismo de la valoración constituye el fenómeno del contenido axiológico. Posteriormente, sin embargo, Meinong pasará de la fundamentación puramente “psicológica” de los valores a otra más objetivista. Lo “objetivo” (das “Objektiv”) se nos podrá aparecer ahora como lo “deseable” (Desiderativ) y “dignificante” (“Dignitativ”). También Döring (“Valor como provocación del sentimiento de placer”) y Kreibitz (“cualidad placentera”) pertenecen a esta dirección. Lo decisivo de semejante concepción axiológica estriba en que lo valioso se *constituye* merced a una ratificación psíquico-subjetiva, no como un aspecto valioso dado y objetivo.

2. Completamente distinta es la fundamentación de la *filosofía de los valores neokantiana*. Para ella los valores son exigencias del deber puramente espirituales de un dominio propio, irreal, de validez incondicional, independientes de los actos psicológicos. El valor se convierte en (Geltung) validez noética, ideal. “En sentido filosófico valor quiere decir que algo posee validez” (B. Bauch, *Idee* 160 y sgts. 1926). De este modo la *Escuela de Baden* (Windelband, Rickert, Bauch) representará la validez axiológica apriorística de lo verdadero, lo bueno, lo bello y aun lo santo. Según *Windelband*, deben interpretarse como postulados de una “conciencia normativa” para la que “valores absolutos son justo los valores”. Su sistema axiológico de validez general es suprahistórico y objetivo, rechazando enérgicamente toda subjetivación y relativización (Einleitung 255. 1923). El comportamiento dirigido normativamente resulta ser entonces una efectuación de valores aun cuando procure “la oscura potencia de lo antivalioso”. Para *Rickert* “interpretar el sentido de la vida —significa—: traer a la conciencia los valores que le presten sentido” (Syst. I, 142. 1921). “Lo que sea el valor en sí no puede definirse estrictamente”. Es uno de los conceptos últimos e inderivables que tan sólo podemos “circunscribir”. Los valores valen, esto es, tienen validez objetiva, irreal a diferencia del “ente real”, y lográble sólo a partir del “deber trascendental” (transzendentales Sollen). En el sujeto trascendental ganaremos conciencia de la “jerarquía axiológica” for-

mal (354). Su demostración necesitará siempre ser completada; por ello no puede hablarse sino de un “sistema abierto”. De todos modos lo primario en este caso es su carácter obligatorio (Sollenscharakter), del que nos apropiamos interiormente en una “conciencia en general” (“Bewusstsein überhaupt”) y que nos muestra luego lo que debemos reconocer como valor. Su fundamentación estriba, pues, en su validez formal-trascendental, no en la demostración de esencias-fenómenos de contenido cualitativo. Una razón más para que se exija la incondicionalidad del “reino de los valores”, que defenderá a la filosofía del peligro de caer de la lluvia del psicologismo en el canal del historicismo” (321).

3. La *fenomenología axiológica* por el contrario pretende lograr valores de contenido cualitativo no a partir de un acto psicológico o de deducciones formales-apriorísticas, sino inmediatamente, a partir de un acto espiritual intencional del sentimiento, al modo de una intuición esencial (Wesensschau). *Max Scheler* fue, por lo pronto, su herald, en cuanto que para él los valores son cualidades objetivas, irreductibles, independientes, esto es, “materiales”, “auténticas y verdaderas cualidades”, cual “objetos ideales” (Formalismus in der Ethik, 10 y sgts. 2a. edición, 1921). Se lograrán en un apriori axiológico, en una evidencia axiológica conforme al “primado del amor” (64). Sobre esta base desarrolló Scheler una “ética material de los valores” (Materiale Wertethik). Scheler admite también una evidencia preferencial intuitiva, de carácter no deductivo, mostrativa de una jerarquía axiológica incluso ya en el plano de los valores vitales (87). La relatividad depende sólo de nuestros modos subjetivos de valoración, determinadas acaso por una ceguera axiológica. En el plano de lo humano se dan valores personales, en la realidad ontológica, por el contrario, sólo se dan valores de las cosas (Güterwerte). En cuanto a la realidad individual queda “entre paréntesis” desde el punto de vista filosófico ya que en nuestro caso sólo nos ocupamos con el conocimiento axiológico general.

Nicolai Hartmann se apropió, en general y en sus grandes lí-

neas, esta posición. Habla de un "ser en sí ideal" de los valores, al modo de un "reino de los valores con consistencia propia" concebido casi platónicamente (Eth. 136, 146. 1926). Es imposible determinar, por modo de definición, por qué algo es un "bien". "La exigencia se pierde en el infinito" (110). Los valores son esencialidades materiales y generales, cuya vivencia puede lograrse merced a un sentir axiológico intencional (109). Una relativización subjetivista no les alcanza. Solamente en la existencia (Dasein) se "anclan" los valores. Las categorías axiológicas son de especie distinta de las categorías ontológicas. Justamente por ello se da un conflicto entre valor y realidad. Además, los valores inferiores de las cosas han de ser los más fuertes de manera que la relación axiológica según la fuerza no es la misma que la relación axiológica según la elevación (Werthöhe) que ella presupone, en absoluto, también, una jerarquía (248-251, 543). Pero la inconsideración de la pregunta por lo valioso en la realidad concreta, en la misma existencia, a la vista de los fenómenos axiológicos solamente generales mostrados hasta ahora, despierta el deseo de responder la cuestión axiológica en una relación más estrecha con la realidad concreta.

4. Tal es el ensayo que acomete el *realismo axiológico*. Con la palabra realismo no hay que entender, por lo demás, que los valores son "cosas" sino que lo valioso no debe derivarse ni establecerse a partir de una relación o referencia a la subjetividad (teoría psicológica), que no es tampoco una mera abstracción ideal (Neokantismo) o un fenómeno al simple modo de una vivencia intencional (Fenomenología). Más bien llegamos al establecimiento de exigencias axiológicas obligantes al ver cómo puede realizarse en actos concretos entitativos o en configuraciones ontológicas lo que, justificado en sí, es valioso y susceptible, conforme a su propia ley interna, de desarrollo o despliegue. Pues se trata de la vida concreta en el ser mismo, no de abstracciones conceptuales y generales.

Como precursores del realismo axiológico podrían considerarse

H. Münsterberg cuya filosofía de los valores está estructurada voluntarísticamente siendo rica en datos. En la realización de la voluntad hay un valor objetivo que sin embargo remonta el propio acto de la voluntad. (Philos. d. Werte 70, 115. 2.A. 1921) y *William Stern*, con su filosofía de la persona ("Yo creo en los valores objetivos". "Hay valores". Persona y cosas III, 34. 1924). En el pleno sentido de la palabra, el realismo axiológico se halla representado por *F. J. von Rintelen* y *S. Behn* habiendo destacado el último más bien el aspecto pedagógico.

Caractericemos ahora en unas palabras nuestra propia concepción axiológica. Valor, entendido como valor real (Realwert), es un contenido de significación cualitativa y concreta, susceptible de realizarse en distintos grados de elevación (Steigerung) y perfección en cuanto meta de una aspiración consciente o inconsciente y que, en virtud de su contenido interno (valor propio-Eigenwert) puede incardinarse en una ordenación más amplia (valor de relación-Relationswert).

Los contenidos generales destacables podrían entenderse como valores fundamentales o formas axiológicas, como *valores impersonales* según la plenitud cualitativa existencial de los entes en general y como *valores personales* en el sentido de una exigencia y de una tarea normativa respecto a la persona actuante. La persona puede lograr un valor ideal (Wertideal) en distintas profundidades, al modo de estrella polar. Tenemos que distinguir el aspecto ontológico que fija los hechos, leyes y órdenes del aspecto axiológico cuyos contenidos pueden colmarse en grados distintos, tales, por ejemplo, la cualidad de lo bello, de los grados de personalidad, del desarrollo de la vida. La realización concreta del valor real gana, empero, su configuración individual en el ser mismo.

La valorización (Bewertung) se logra sobre la base de una toma de posición anímico espiritual. La indudable variación histórica de las valoraciones (Wertungen) no tiene por qué incluir necesariamente una relatividad. Considerándolo más de cerca po-

demostramos que los valores fundamentales (Grundwerte oder Wertformen) generales y supratemporales son susceptibles de distintas improntas según la gama de variación (Variationsbreite) que a cada cual le corresponde en la historia. Así, por ejemplo, el valor fundamental del amor se cumplió históricamente en el antiguo Eros, en la Caritas fraterna, en el amor humanitario y social, siempre en profundidad variable (Tiefendimension). Sin embargo los valores no podrían nunca lograr una realización absoluta en un espacio finito. De ahí su tendencia a apuntar hacia una trascendencia. Este realismo axiológico pretende, pues, remontar la interpretación subjetivo-psicológica y el formalismo y poner la multiplicidad de las esencias-fenómenos generales de la vivencia axiológica intencional en relación concreta e inmediata con cada realización determinante, de modo individual, del grado de valor. Conforme a la medida de la ordenación de planos de la existencia, puede hablarse de una ordenación jerárquica de los cumplimientos axiológicos de sentido. En todo contenido axiológico se da un momento estático y otro dinámico. Estático es el sentido esencial en las diferentes realizaciones, dinámica la tendencia a la realización en el grado más alto posible de intensidad, que reclama nuestro esfuerzo.

La moderna filosofía existencial y la ontología fundamental de Heidegger —citémosle para concluir— rechaza violentamente la aplicación de la palabra valor al ser y a los entes. La razón es porque Heidegger habla solamente de un "valor-para" ("Wert-zu") en el sentido de una valoración utilitaria subjetiva y relativa. Precisamente él quiere remontar esta subjetividad. Su exigencia, empero, de que el hombre ha de alzarse de la inautenticidad a la autenticidad, de la cotidianidad a la existencia en cuanto trascendencia, traiciona una instancia axiológica, aunque no lo declare.

LITERATURA

- C. H. v. EHRENFELS, *Sistema de las teorías axiológicas* (1897). A. VON MEINONG, *Para la fundamentación de una teoría general de los valores* (1923).—H. RICKERT, *Del sistema de los valores*, Logos IV (1913) *Sistema de la filosofía I* (1921).—B. BAUCH, *Verdad, valor, realidad* (1923).—M. SCHELER, *De la revolución de los valores* (1927).—NICOLAI HARTMANN, *Ética* (1926).—H. MÜNSTERBERG, *Filosofía de los valores* (1921).—W. STERN, *Persona y cosas III, Filosofía de los valores* (1924).—J. E. HEYDE, *Valor* (1926).—S. BEHN, *Filosofía de los valores como fundamento de una teoría pedagógica de los fines* (1930).—F. J. VON RINTELEN, *La significación del problema filosófico de los valores* (1931), al mismo tiempo en *Philosophia Perennis II* (1930), *El pensamiento axiológico en el desarrollo espiritual en Europa* (1932).—J. HESSEN, *Filosofía de los valores* (1937).